

— Corriente, V. cuidara del cuarto ; mañana traerán los muebles y yo vendré á presenciár su arreglo. Quedad con Dios y hasta mañana.

— Hasta mañana, dijo la portera.

Eran muy importantes los resultados de la visita á la casa de la calle del Templo, ya para la aclaración del misterio que quería Rodolfo descubrir, ya por el noble empeño con que buscaba ocasiones de hacer bien y de impedir el mal. Estos resultados eran : que la modista sabía la casa del hijo del Maestro de Escuela : que una joven que según todas las apariencias podía muy bien ser la marquesa de Harville, había dado al comandante y para el día siguiente una cita capaz de perderla para siempre : que un artesano honrado, laborioso y víctima de la más espantosa miseria iba á ser echado á la calle con toda su familia por el principal inquilino : que involuntariamente había descubierto algunos indicios de una aventura cuyos principales actores eran una señora que sin duda pertenecía á la alta clase, y el charlatán Bradamanti, que quizás era el abate Polidori : que la Tuerta recientemente salida del hospital, en donde entró después de la escena del paseo de las Viudas, tenía relaciones muy sospechosas con la adivina y prestamista que ocupaba el segundo piso. Recopiladas en la mente todas estas investigaciones, Rodolfo regresó á su casa de la calle de Plumet, dejando para el día inmediato la visita al notario Ferrán.

Aquella misma noche Rodolfo tenía que ir á un gran baile en casa del embajador de..... mas antes de seguir á nuestro héroe en esa nueva excursión será conveniente dirigir una ojeada retrospectiva hacia varias personas muy relacionadas con esta historia.

## X

### TOMÁS Y SARA

En la época de que hablamos Sara era viuda del conde Mac-Grehor, y tenía de 37 á 38 años. Sara Seyton pertenecía á una excelente familia escocesa, y era hija de un baronet, hidalgo compesino. Habiendo quedado huérfana á la edad de 17 años, y cuando podía calificarse de mujer completamente hermosa, salió de Escocia en compañía de su hermano Tomás Seyton de Halsbury. Las absurdas predicciones de su vieja nodriza habían excitado hasta el más alto punto los dos vicios capitales de Sara, que eran el orgullo y la ambición, puesto que la vaticinó que llegaría á ser soberana. La joven escocesa había tenido la debilidad de dar crédito á las profecías de su nodriza, y para fortalecer su ambición se repetía incesantemente que una adivina había prometido una

corona á la bella y excelente criolla que un día se sentó en el trono de Francia, y fué reina por su gracia y por su bondad, como por la majestad y la grandeza lo son otras.



Sara.

Tomás Seyton, era no menos supersticioso que su hermana y avivaba sus locas esperanzas, hasta el punto de que determinó consagrar su vida á la realización de ese sueño tan brillante como insensato. No eran, sin embargo, tan

ciegos los dos hermanos, que creyeran al pie de la letra en la predicción de la nodriza, ó dirigiesen sus miradas á un trono de primer orden : no, con tal que la hermosa escocesa ciñese un día su altiva frente con una corona real, uno y otro hubieran cerrado los ojos acerca de la importancia de esa corona. Teniendo á la vista el almanaque de Gotha para el año de gracia de 1819, Tomás arregló en el momento de salir de Escocia una especie de cuadro sinóptico por orden de edad, de todos los reyes y príncipes soberanos de Europa que entonces estaban solteros. Aunque la ambición de los dos hermanos fuese absurda, no aspiraban á satisfacerla por ningún medio vergonzoso : Tomás debía ayudar á Sara á urdir la trama con que ella esperaba enlazarse con un hombre que llevase corona : iba á tomar una parte muy principal en todos los ardides y en las intrigas todas que pudieran conducir á ese resultado, y hubiera dado muerte á su hermana antes que ver en ella á la dama de un príncipe aunque hubiese estado seguro de un matrimonio reparador.

La especie de inventario matrimonial que resultó de las investigaciones hechas en el almanaque por los dos hermanos, fué satisfactorio. La confederación germánica ofrecía gran contingente de soberanos presuntos, y aunque Sara era protestante no ignoraba Tomás cuan fácil es en Alemania contraer el matrimonio llamado de la mano izquierda que por otra parte es legítimo, y con el cual hubiera transigido en último caso. Resolvieron, pues, uno y otro, dirigirse á Alemania para dar principio á la empresa. Aunque tal proyecto no parecía probable, y tales esperanzas podían calificarse de necias, no debe olvidarse que una ambición estimulada por creencias supersticiosas no se aconseja de la razón en sus miras y pocas veces apetece lo posible ; todo esto acordándose de ciertos hechos contemporáneos, desde los augustos y respetables matrimonios entre soberanos y súbditos, hasta la amorosa odisea de miss Penelope y del príncipe de Capua, no puede menos de mirarse como realizable el feliz éxito de los planes de los dos hermanos. Sara reunía á su extraordinaria belleza, gran talento y disposición singular para todo, y un poder seductor verdaderamente peligroso porque bajo la apariencia de una índole generosa, entusiasta y apasionada, ocultaba un corazón duro, un talento sagaz y malvado, un impenetrable disimulo, y un carácter firme y dominante. En la parte física su organización engañaba lo mismo que en la moral. Sus grandes ojos negros, ya brillantes, ya lánguidos, podían fingir los arrebatos más sensuales, y sin que el amor hiciera palpitar su helado corazón, no había sorpresa capaz de trastornar los invariables cálculos de aquella mujer astuta, egoísta y ambiciosa.

Siguiendo los consejos de su hermano no quiso Sara dar principio á su empresa sin estar algún tiempo en París, en donde deseaba completar su educación, y doblegar su terquedad británica, introduciéndose en la sociedad en que reinan la elegancia, el agrado y la culta libertad. Se puso en relación con el

gran mundo y con lo mejor de la corte de Francia, merced á las recomendaciones y á la benevolencia de la esposa del embajador inglés y del anciano marqués de Harville que había conocido en Inglaterra al padre de Tomás y de Sara. Las personas frías, falsas y reflexivas se apropian con una facilidad maravillosa el lenguaje y los modales más opuestos á su carácter: todo es exterioridad en ellas, vana apariencia, y así es que cuando se las penetra ó adivina, están perdidas. Por esto la especie de instinto de conservación de que están dotadas, les hace muy á propósito para el disfraz moral: se visten y se transforman con la prontitud y la destreza de un cómico consumado en el arte de fingir. Á los seis meses de estar Sara en París, se las podía apostar con la parisiense más parisiense del mundo, en la aguda gracia de su talento, en el encanto de su jovialidad, en la ingeniosa coquetería, en la estimulante candidez de sus miradas, castas á la vez que apasionadas. Viendo Tomás que su hermana estaba bastante instruida, partió con ella para Alemania con muy buenas recomendaciones, y mejores esperanzas.

El primer estado de la confederación germánica que se hallaba en el itinerario de Sara era el gran ducado de Gerolstein, arreglado en el diplomático é infalible *Almanaque de Gotha* para el año 1819 del modo siguiente:

*Genealogía de los soberanos de Europa y de su familias.*

« GEROLSTEIN.

» Gran duque: MAXIMILIANO RODOLFO, nacido en 10 de diciembre de 1764. Sucedió á su padre CARLOS FEDERICO RODOLFO en 21 de abril de 1785. En enero de 1808 perdió á su esposa LUISA, hija del príncipe JUAN AUGUSTO de BURGLEN.

« Hijo: GUSTAVO RODOLFO, nacido en 17 abril de 1803.

« Madre: Gran duquesa JUDIT, viuda del gran duque CARLOS FEDERICO RODOLFO desde el 21 de abril de 1785. »

Tomás, por efecto de su buen sentido común, había tomado acta en primer lugar de los más jóvenes entre los príncipes que deseaba hacer cuñados suyos, juzgando que los pocos años facilitan la seducción. Por otra parte los dos hermanos iban particularmente recomendados al gran duque reinante de Gerolstein, por el anciano marqués de Harville, prendado como todos de Sara, y admirador de su talento y de su gracia. El heredero presunto de aquel gran ducado, era Gustavo Rodolfo, quien tenía apenas diez y ocho años cuando Tomás y Sara fueron presentados á su padre. La llegada de la joven escocesa fué un acontecimiento de gran resonancia en aquella reducida corte alemana, tranquila, sencilla, casi patriarcal. El gran duque que era un excelente hombre, gobernaba sus estados con bien entendida firmeza y con bondad de padre; nada más feliz moral y materialmente que aquel principado, cuya población labo-

riosa y sobria, presentaba el tipo ideal del carácter alemán. Gozaban aquellas buenas gentes de una dicha tan grande, estaban tan satisfechas de su condición, que la solicitud del gran duque había tenido muy poco que hacer para preservarlas de la manía de las innovaciones constitucionales. Informábase de los descubrimientos modernos y de cuanto era capaz de ejercer un saludable influjo en la ventura y en la moral del pueblo, y lo aplicaba al momento; y le era fácil adquirir esas noticias porque sus representantes en varias naciones de Europa casi no llevaban otro encargo que tener á su amo al corriente de todos los progresos de las ciencias, en cuanto tuvieran aplicación á la utilidad pública.

Conservaba el gran duque tanto afecto como gratitud al anciano marqués de Harville que en 1815 le había hecho muy señalados servicios: así es, que gracias á la recomendación de éste, Tomás y Sara fueron recibidos en la corte de Gerolstein con especiales distinciones. Á los quince días de su llegada, Sara que tenía como hemos dicho grandísimo talento de observación comprendió el carácter del gran duque, y antes de seducir al hijo, cosa que no podía faltar, quiso conocer la disposición del padre, quien amaba hasta tal punto á Rodolfo, que por un momento Sara le creyó capaz de consentir más bien en una unión desigual, que ver á su hijo desgraciado para siempre. No tardó mucho en convencerse de que aquel padre tan tierno no se separaría nunca de ciertos principios ni de ciertas ideas por lo que concierne á los deberes de un príncipe, sin que esto fuese orgullo, sino conciencia, razón y dignidad. Hombres de temple tan enérgico y tanto más afectuosos y buenos, cuanto son más firmes y más fuertes, no ceden jamás en lo que creen de conciencia, de dignidad y de razón. Á punto estuvo Sara de renunciar á la empresa al ver tan insuperables obstáculos; mas considerando que en cambio Rodolfo era muy joven, que se ponderaban su dulzura, su bondad y su carácter, creyó al príncipe débil, irresoluto, y persistió en su proyecto y en sus esperanzas. En tales circunstancias su proceder y el de su hermano fueron una obra acabada de astucia y de pericia.

La joven supo hacerse amar de todo el mundo y en especial de las personas que pudieran estar celosas ó tener envidia de sus raras prendas, é hizo olvidar su belleza y sus gracias cubriéndolas con el velo de la modestia. No tardó en ser el ídolo no sólo del gran duque sino también de su madre la gran duquesa Judit, la cual á pesar ó quizás á causa de sus noventa años, amaba con delirio todo lo que era joven y bello. Muchas veces Tomás y Sara hablaron de su marcha, y nunca quiso consentir en ello el soberano de Gerolstein; de modo que para tener seguros á los dos hermanos rogó al Baronet que aceptase el empleo entonces vacante de escudero mayor, y á Sara que no abandonase á la gran duquesa Judit que no podía vivir sin ella. Después de muchas dudas, combatidos por los más afectuosos ruegos, admitieron estas brillantes proposiciones y

se fijaron en la corte de Gerolstein á los dos meses de su llegada á ella. Sara que era excelente música y conoció la afición de la duquesa á los maestros antiguos y en especial á Gluck, mandó traer la obra de este ilustre compositor y fascinó á la anciana con su incansable condescendencia y con la singular habilidad con que cantaba los aires antiguos, tan sencillos como expresivos. Tomás por su parte supo hacerse muy útil en el destino que el gran duque le confiara. Era gran caballista, amante del orden, de carácter firme, y en poco tiempo transformó casi del todo el servicio de las caballerizas que estaba abandonado. Ello es el caso que en la corte todo el mundo amaba y distinguía á los dos hermanos, porque de la predilección del rey nace siempre la predilección de los súbditos. Por otra parte harto conocía Sara cuantos puntos de apoyo necesitaban sus proyectos para que descuidara los ardidés que pudieran favorecerlos. Su hipocresía disfrazada con la máscara más atractiva, engañó fácilmente á la mayor parte de aquellos buenos alemanes, y el afecto general vió muy luego á sancionar la excesiva benevolencia del gran duque.

Nuestra pareja pues quedó instalada en la corte de Gerolstein, perfecta y honrosamente sin que se hubiese hablado siquiera de Rodolfo. Por una casualidad feliz, pocos días después de la llegada de Sara, aquel joven había salido á inspeccionar algunas tropas con un ayudante de campo y el fiel Murph. Esta ausencia bajo todos aspectos favorable á los planes de Sara, le permitió arreglar á su arbitrio los principales hilos de la trama que urdía, sin que la estorbase la presencia del príncipe cuyo afecto, harto marcado, pudiera despertar sospechas en el padre. Estando aquel fuera, por desgracia no pensó éste en que había concedido su intimidad á una joven de rara belleza y de grandes atractivos que había de estar con Rodolfo á todas horas.

Allá en el fondo de su alma, Sara no agradeció poco ni mucho aquella acogida tan espontánea y generosa, ni aquella noble confianza con la cual se la introducía en el corazón de aquella familia de reyes. Ni ella ni su hermano retrocedieron ante sus intentos, sino que al contrario insistieron en ellos sin detenerse á considerar los disturbios con que iban á alterar la apacible calma de aquella corte. Calculaban á sangre fría los resultados probables de las crueles desavenencias que se proponían sembrar entre un padre y un hijo, unidos hasta entonces con los vínculos de la mayor ternura, y seguían adelante su plan preconcebido.

## XI

## MURPH Y EL ABATE POLIDORI

Rodolfo en su infancia tenía una complexión muy débil, y por esta causa su padre hizo el siguiente raciocinio, extravagante en la apariencia, pero en el fondo muy sensato. Los hidalgos ingleses que viven en el campo gozan generalmente de una salud robusta; ventaja que depende en gran parte de su educación física, que á fuer de sencilla, agreste y dura, desarrolla su vigor. Rodolfo va á caer en las manos de las mujeres, su temperamento es delicado, y quizás acostumbrándole á que viva como el hijo de un arrendador inglés (aunque con algunas consideraciones), robusteceré su constitución. Resuelto á ejecutar este proyecto hizo buscar en Inglaterra un hombre digno y capaz de dirigir esta especie de educación física, y se confió este importante encargo á sir Gualterio Murph, atlético tipo del hidalgo campesino del Yorkshire, quien dirigió al joven de manera que satisfizo los deseos del gran duque. Durante muchos años habitaron Murph y su discípulo en una quinta situada entre hermosos bosques, á pocas leguas de la ciudad de Gerolstein, en posición muy saludable y pintoresca. Libre Rodolfo de toda etiqueta, y ocupándose con Murph en los trabajos agrícolas, propios de su edad, hizo la vida sobria, regular y activa del campo, divirtiéndose en los violentos ejercicios del pugilato, de la lucha, de la equitación y de la caza. Por efecto del puro aire de los prados, de los bosques y de las montañas, bien pronto pareció vigoroso como un roble, su enfermiza palidez cedió el puesto á los colores de la salud: y aunque esbelto y siempre nervioso, soportó las más duras fatigas. Supliendo con la pericia, la energía y el valor lo que de poder muscular le faltaba, muy luego venció á los jóvenes de más edad que él, que entonces se encontraba en la de quince á diez y seis años.

La educación científica había cedido el puesto á la educación física: de manera que Rodolfo sabía muy poca cosa; mas el gran duque pensando muy sensatamente, creía que para reclamar mucho al talento, es preciso que el espíritu esté sostenido por una robusta organización física, y que sólo entonces las facultades intelectuales aunque sea tardíamente, ofrecen seguros resultados. El buen Murph no era sabio, no pudo dar á Rodolfo más que los primeros conocimientos; pero nadie mejor que él era capaz de inspirar á su alumno el amor á lo justo, leal y generoso, y el horror á lo vil, cobarde y miserable. Estas doctrinas saludables se arraigaron para siempre en el corazón de Rodolfo, y aunque mas tarde combatieron estos principios las borrascas de las pasiones, nunca se apartaron de él. Un rayo hiere, hiende y destroza un árbol bien arraigado, pero la savia existe siempre en sus raíces, y no tardan en salir de aquel